



MÓNICA
ACEBEDO

LETRAS

COMPARTIDAS

UNA ESTRATEGIA
DE LECTURA

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros



LETRAS COMPARTIDAS



MÓNICA ACEBEDO

LETRAS COMPARTIDAS

Una estrategia de lectura





© Mónica Acebedo, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición en Colombia: febrero de 2025

ISBN 13: 978-628-7576-38-4

ISBN 10: 628-7576-38-3

Impresión: xxxxxxxx xxxxxx

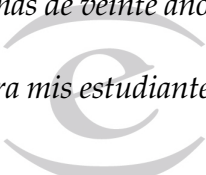
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Charlie, Santi, Cata y Pablo
por haber compartido su vida con mis letras.*

*Para mis amigas del Grupo de Lectura,
por más de veinte años de letras compartidas.*

Para mis estudiantes, por enseñarme tanto.

A large, faint, stylized eye logo is centered on the page, behind the text. The eye is composed of a thick, light gray outline with a smaller, solid gray circle in the center.

ESPASA

*En todo momento, desde las primeras tablillas sumerias
hasta las tabletas electrónicas de hoy, ha habido lectores
iluminados que han concebido a la literatura, a través de sus
interpretaciones y relecturas, una suerte de inmortalidad.*

Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	15
¿CÓMO LEER CRÍTICAMENTE?	23
LECTURA CRÍTICA	23
LA RECEPCIÓN.....	28
CLAVES DE LECTURA CRÍTICA.....	32
Lectura objetiva	32
Análisis literario.....	36
Calificación.....	70
LEER LIBROS COMPLEJOS	76
NIVELES DE LECTURA.....	78
INSTRUCCIONES PRÁCTICAS PARA LEER MEJOR.....	80
RUTINAS MÍNIMAS DE LECTURA.....	80
COMODIDAD.....	81
EL CELULAR.....	81
EL SUEÑO.....	82
SUBRAYAR Y TOMAR NOTA	82
LEER DE CORRIDO	82
 ¿QUÉ LEER?	 87
GÉNERO LITERARIO.....	89
EL CANON OCCIDENTAL	
Y LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS.....	95
ANTIGÜEDAD.....	97
EDAD MEDIA	101

RENACIMIENTO Y HUMANISMO	103
BARROCO	105
ILUSTRACIÓN	107
ROMANTICISMO	108
REALISMO Y NATURALISMO	109
MODERNISMO, EXISTENCIALISMO, DISTOPÍAS, BOOM LATINOAMERICANO	110

¿CÓMO HACER Y OPERAR UN CLUB DE LECTURA? 115

EL ORIGEN DE LOS CLUBES DE LECTURA:

LA TRADICIÓN ORAL..... 115

¿QUÉ ES UN CLUB DE LECTURA?..... 120

CLUBES CON ENFOQUE TEMÁTICO	122
CLUBES CON ENFOQUE EN GÉNERO LITERARIO ..	122
CLUBES POR PREFERENCIA DE EDAD.....	124
CLUBES CON ENFOQUE EN CINE Y LITERATURA ..	124
AUDIOLIBROS Y MANUALIDADES.....	125

REGLAS DE OPERACIÓN 125

OBJETIVO.....	126
NÚMERO DE PERSONAS	127
FRECUENCIA	129
TIPO DE REUNIONES.....	131
IDONEIDAD DEL GRUPO	133
ELECCIÓN DE LECTURAS	136
COSTO	139
DIRECCIÓN O CONFERENCISTA	140
ACTAS Y DOCUMENTOS	141
INTERVENCIONES	142
EL ARTE DE DISCUTIR	142

PASO A PASO PARA HACER	
Y OPERAR UN CLUB DE LECTURA.....	150
PASOS PARA LA ORGANIZACIÓN INICIAL:.....	150
PASOS PARA CADA REUNIÓN.....	150
 OBRAS CITADAS EN ORDEN ALFABÉTICO	
DE AUTOR O AUTORA	153



INTRODUCCIÓN

*[...] il faut lire, il faut lire pour vivre, et c'est même —cette absolue nécessité de la lecture— ce qui nous distingue de bête, du barbare, de la brute ignorance, du sectaire hystérique, du dictateur triomphant, du matérialiste boulimique, il faut lire! il faut lire!*¹

DANIEL PENNAC, COMME UN ROMAN

La literatura es una expresión de arte; una de las tantas formas de dibujar el mundo y la sociedad; la fuente de conocimiento por excelencia; una intermediaria entre el ser humano y su propia realidad; mensajera de la historia y la cultura; transmisora de las creencias, los sistemas políticos y económicos; arquitecta de la memoria; portadora del baluarte de la identidad de las naciones y los individuos y espejo de las pasiones humanas.

Daniel Pennac, en su libro *Como una novela* (1992), subraya la necesidad de algunas personas de leer como el mecanismo

1 «[...] toca leer, toca leer para vivir, y es esto —esta absoluta necesidad de la lectura— lo que nos distingue de la bestia, de lo bárbaro, de la brutal ignorancia, del sectarismo histórico, del dictador triunfante, del materialismo bulímico, ¡toca leer, toca leer!».

por excelencia para distinguirse de la barbarie. Es también quien defiende el derecho a no leer (167-197). «Me aburre leer, ¿y qué?», es una de las expresiones que se escuchan. Como cualquier afirmación en una sociedad moderna, libre de ataduras morales y convencionalistas, es válida. Porque si leer fuera una obligación ética o moral, la literatura perdería su germen estético. Así que, las personas a quienes no les gusta leer, están en todo su derecho. Entre gustos, no hay disgustos. Ni la literatura, ni la lectura pueden ser un mecanismo de juzgamiento. Pero, como dice Gustave Flaubert y lo han repetido muchos: «Lea para vivir». Yo agregaría: y porque le da la gana.

Mario Vargas Llosa, en su libro sobre el liberalismo, o su «autobiografía intelectual», titulado *La llamada de la tribu* (2018), define la novela como «Una organización arbitraria de la realidad humana que defiende a los hombres con la angustia que les produce intuir el mundo, la vida como un vasto desorden». El ser humano se vale de la literatura, de buena literatura, para entenderse a sí mismo, para percibir el mundo en el que vive y para comprender su propia historia y sellar su identidad. En ese proceso de comprensión, las personas sufren, disfrutan y, probablemente, comparten el dolor o el placer del artista porque, como afirma Santiago Posteguillo en *La sangre de los libros* (2014):

La buena literatura de verdad, la que nos hace palpar, la que nos emociona y nos transporta a otros mundos, la que nos parece más real que la realidad misma es la que está escrita, palabra a palabra, verso a verso, página a página, con sangre en las sienes, en las manos y en el alma (9).

Necesitamos de la literatura como mediadora entre la realidad y la ficción porque cada ser humano percibe el mundo de una manera diferente. La literatura nos proporciona una forma de organizar las ideas, los acontecimientos, las pasiones y los sentimientos, pero, sobre todo, es la dadora por excelencia de la libertad. Séneca diría en una de sus más relevantes máximas: «*Sapientia sola libertas est* (la sabiduría es la única libertad)». O mejor, la literatura nos sirve para traducir la realidad, como sugiere Juan Gabriel Vásquez, a partir de lo dicho por Marcel Proust², en el título de su libro de conferencias, *La traducción del mundo* (2023), en el que reflexiona sobre la tarea del escritor y la función de la novela.

La literatura se nutre de lectores para poder existir. Sin lectores, los libros no son nada, no dicen nada, son letra muerta, no sirven. Probablemente tendrían una función decorativa o de escalera, de sostén, de ignición o alimento de ratones... Ese destino ha sido el de muchos libros a lo largo de la historia; libros cuyos contenidos nunca conoceremos. Sin lectores, no hay literatura. Hacer grandes colecciones de libros no mejora al mundo ni a los individuos que lo componen, porque «acumular libros», decía Séneca (o información electrónica, diríamos ahora), «no es sabiduría». «Los libros, como también las redes electrónicas, no piensan por nosotros, no pueden reemplazar nuestra memoria activa, puesto que son meros instrumentos para ayudarnos en nuestras tareas» (Manguel, *Historia*, 21).

En ese orden de ideas, el libro, para convertirse en literatura, requiere de la experiencia de la lectura, ejercicio que se ha vuelto cada vez más difícil con las redes sociales, las series de televi-

2 En el último tomo de *En busca del tiempo perdido*, *El tiempo recobrado* (1927), Proust afirma: «El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor».

sión y otros distractores de la vida diaria. No obstante, a pesar de las embestidas digitales y mediáticas, sumadas a la familia, el trabajo, el deporte y la cantidad de actividades de la vida moderna que parecen devorar el tiempo, casi todas las personas quieren leer, y no poder hacerlo produce frustración. Por eso es preciso buscar mecanismos que nos acerquen a los libros de una forma dinámica y que nos permitan disfrutar u obtener los resultados que cada persona espera de la lectura.

Así, entender algunos conceptos básicos de los estudios literarios; tener la capacidad de rastrear en los libros los temas, símbolos, motivos, voces o aparatos narratológicos y lingüísticos que hay detrás de una pieza literaria; identificar el contexto histórico, espacial o temporal; descubrir métricas novedosas o sujetos líricos camuflados en la poesía; crear finales, complementar o interpretar las verdades escondidas de los cuentos o relatos cortos harán que la lectura se convierta en una experiencia cotidiana, necesaria y, sobre todo, placentera.

Claro está que los libros tienen vida propia y, en esa medida, son sujetos de diferentes interpretaciones, experiencias y, por supuesto, gustos. El contexto cultural, las construcciones sociales, convicciones morales, políticas o religiosas, la formación profesional o escolar y varios otros aspectos subjetivos determinan la forma como nos aproximamos a un texto literario y el grado de interés que este pueda suscitar en nosotros. Hay libros que atraen a más cantidad de personas con sus tramas y contenidos, mientras que hay otros que presentan mayor dificultad, ya sea porque parten de una estructura compleja, porque el tema central no es de nuestro interés, porque su esquema gramatical o lingüístico es enredado. Sin embargo, si esos libros son leídos a partir de ciertos parámetros, es posible que encontremos significados literarios que hagan que la lectura sea más dinámica.

Los autores y autoras de todo tipo de libros tienen, como mínimo, una intención clara: compartir sus letras. Independientemente de si entendemos o no lo que pretenden expresar, de si participamos de su intención política, estética o apuesta lingüística o de si nos comunicamos con su mecanismo narrativo, las letras nacen para que alguien las lea. María de Zayas, por ejemplo, una escritora del siglo XVII, en el prólogo de sus *Novelas amorosas y ejemplares* (1637), reta al que se atreva a leer sus «borrones», a pesar de que ella es mujer:

Al que leyere

Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo no solo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios. Porque hasta que los escritos se gozan en las letras de plomo, no tienen valor cierto, por ser tan fáciles de engañar los sentidos, que la fragilidad de la vista suele pasar por oro macizo lo que a la luz del fuego es solamente un pedazo de bronce afeitado. Quién duda, digo otra vez, que habrá muchos que atribuyan a locura esta virtuosa osadía de sacar a la luz mis borrones, siendo mujer, que en opinión de algunos necios es lo mismo que una cosa incapaz [...] (NA 159).

Julio Cortázar, por su parte, consideraba que escribir con destinatarios específicos era una actividad narcisista. Dijo en una de sus famosas clases de Berkley, cuya transcripción está contenida en el libro *Clases de literatura, Berkeley, 1980* (2013): «Creo que al escribir nunca he apuntado [...] a un determinado tipo de lector [...]». (29). En sus escritos da a entender que la realidad es una sola, pero es la ficción la que la representa. Es decir, hay una realidad, pero hay muchas formas de

percibirla y de vivir en ella. En ese sentido, para él la realidad «ordinaria» es la historia oficial, pero el lector es quien determina una percepción diferente. Incluso en uno de sus cuentos memorables, «Continuidad de los parques», reflexiona sobre la actividad de la lectura y critica al lector simple. El autor muestra cómo la trama del cuento se entremezcla por efecto de la acción del lector, sentado en un sillón de terciopelo verde, con su propia realidad, que termina por matarlo. Cortázar intenta despertar con esta narración a los desocupados y perezosos lectores e invitarlos a la construcción de una identidad propia.

Mi primera experiencia como lectora, aparte de la del colegio, la recuerdo como un hecho privado y silencioso, no compartido. La lectura era mi momento de aislamiento, era la forma de alejarme de las personas que me rodeaban y, sobre todo, no era una actividad escolar. Me escondía en un pequeño hueco que había debajo de la escalera de mi casa, instalaba unas almohadas y sellaba la entrada con cojines. Mi madre sabía que yo estaba allí, ausente y angustiada, porque casi siempre me metía a mi guarida con un ejemplar blanco, grande, de los cuentos de Hans Christian Andersen. Todos me daban miedo, pero era ese susto morboso y necesario que producen las historias. Luego me regalaron otro, menos elegante, de los hermanos Grimm. También me causaban intranquilidad, eran relatos crueles. Pero, aun así, seguía leyendo.

Muchos de esos cuentos se recrearon en libros de Disney, en unas ediciones coloridas, con imágenes y, sobre todo, con un disco que leía en voz alta las historias. Y así, sin necesidad de suspender mi aislamiento y privacidad, ingresé al mundo de la lectura en voz alta.

Posteriormente vino la lectura comentada con amigos o amigas, o en el ámbito académico, donde analizábamos tex-

tos de diferentes géneros literarios. Recuerdo la intensidad de las lecturas en voz alta de poesía, las tertulias posteriores. Los comentarios colectivos sobre novelas o ensayos con frecuencia estaban limitados a las aulas y al contexto explícito del profesor o profesora.

Cuando nacieron mis hijos y mi hija empecé a leer en voz alta y entre más crecían, más se interesaban en comentar los relatos. Era necesario leer tres, cuatro y hasta cinco veces el mismo libro. Más adelante hacían preguntas sobre los personajes, el contexto, la verosimilitud, o jugaban a cambiar el final. Hasta que llegó el fenómeno de la autora inglesa J. K. Rowling, *Harry Potter*, con libros publicados entre 1997 y 2007. En ese momento entendí lo que era compartir las letras; toda la familia se reunía alrededor del libro, después de la comida, y era una constante pelea cuando yo paraba de leer. Querían seguir y seguir. Pero yo insistía en que ya era suficiente y que debíamos hablar de lo que habíamos leído. «Aquel es muy malo», decía uno; «no estoy de acuerdo con lo que hizo Ron», decía la otra; «¿crees que es un reflejo de los estrictos colegios ingleses?», se aventuraba el más crítico y empezaba, casi siempre, una discusión familiar que usualmente terminaba con la orden, mía o de mi esposo, de irse a dormir. Ahí entendí las ventajas de las letras compartidas; la riqueza interpretativa de la poesía, el entusiasmo de seguir leyendo una novela, el golpe certero del final de un buen cuento, la crítica a las decisiones de los personajes, la necesidad de releer un determinado episodio, el impacto de unos versos, enamorarse de un personaje, odiarlo y compartir todas esas sensaciones con un grupo que tenía en común el gusto por la lectura.

En suma, el concepto de letras compartidas tiene tres diferentes aproximaciones. La primera: los libros fueron creados para ser compartidos y, en esa medida, vale la pena acercar-

nos a ellos con herramientas que nos permitan entenderlos, valorarlos y disfrutarlos. La segunda: para lograr esto último es útil tener instrumentos para identificar lo que queremos leer y una noción del camino transitado por la literatura en la historia. Y la tercera: una de las formas, no la única, de leer entre líneas o poner en ejecución una lectura crítica, o de lograr leer más y de que los libros ganen la batalla a otras formas de entretenimiento o conocimiento, son los clubes o grupos de lectura.

Este libro está dividido en tres capítulos: el primero, «¿Cómo leer críticamente?», tiene como propósito presentar unas claves de lectura que incluyen recomendaciones para leer de manera objetiva, lograr hacer un análisis literario sencillo y así poder juzgar o calificar los textos literarios³. El segundo, «¿Qué leer?», presenta una aproximación breve a los principales géneros y movimientos literarios, por lo menos en Occidente, y algunas claves formales para que la lectura se convierta en un hábito; y el tercero, «¿Cómo hacer y operar un club de lectura?», pretende servir como estrategia práctica para organizar un club de lectura y disfrutar con otros de la experiencia de lectura, las letras compartidas.

3 En el caso de la lírica, no se hace una aproximación formal en términos de métricas y simbolismo.

¿CÓMO LEER CRÍTICAMENTE?

LECTURA CRÍTICA

Es famosa la frase de Gustave Flaubert en la *Correspondencia* (1884) a la señorita Leroyer de Chantepie en 1857: «No lea como leen los niños, para divertirse, ni como lo hacen los ambiciosos, para instruirse. No, lea para vivir». En efecto, la lectura de un libro es, usualmente, una experiencia vital. Esperar que un libro proporcione conocimiento o entretenimiento puede ser una consecuencia útil del acto de leer. Pero, como bien lo dice Flaubert, si uno está esperando exclusivamente el aprendizaje o el placer a partir de la lectura, probablemente se tendrá que limitar en su *corpus*. Una cosa es valorar un libro y otra es disfrutarlo. Estas premisas a veces van de la mano, pero no siempre.

¿Qué quiere decir «leer para vivir»? Pueden ser muchas las respuestas a este interrogante; ha sido una preocupación permanente de los estudios literarios. En mi opinión, percibir la visión que otras personas tienen del mundo que los rodea es una forma de vivir. Y esa es precisamente la lectura crítica de una obra literaria. Ahora bien, lo anterior no quiere decir que la lectura que entretiene o que ilustra no es válida. Todo lo contrario.

Escucho con frecuencia un calificativo que se le da a los libros: «El libro está bien escrito». Me parece que es una expresión

incompleta. Es mejor decir, por ejemplo: «Tal libro está muy bien escrito porque muestra las descripciones, en lugar de referirlas»; o «aquel poema está muy bien escrito porque usa numerosas metáforas que resultan adecuadas para el tema tal»; también podría ser: «Me gusta mucho cómo está narrada esta historia porque al finalizar cada capítulo plantea un suspenso que hace que uno tenga que seguir leyendo». Más adelante, en la sección «Calificación», revisamos algunas variables que permiten valorar un libro para formar un juicio de valor.

¿Qué quiere decir que un libro está bien escrito? Probablemente la respuesta va a involucrar, además de aspectos técnicos, como el uso del lenguaje, la métrica, o el ritmo y la rima (en el caso de la poesía), la conjugación de los verbos y otros aspectos puramente gramaticales, una buena dosis de estética y, aun así, la respuesta no será nunca totalmente objetiva. Por ejemplo, una de las características de *Don Quijote de la Mancha* (1605 y 1615) es que Miguel de Cervantes crea lenguaje, moderniza y adapta vocabulario coloquial al español. Es decir, posiblemente un lector del siglo XVII diría que Cervantes no usaba correctamente la lengua, mientras que los escritores del siglo XXI haremos lo posible para que nuestros escritos se adapten a los preceptos de la Real Academia Española, cuyo principal referente y padre del español moderno es, precisamente, Miguel de Cervantes.

Recuerdo una anécdota en un club de lectura en el que estábamos conversando sobre *Salvar el fuego* (2020), del mexicano Guillermo Arriaga, obra que fue galardonada con el Premio Alfaguara de novela en 2020. El autor utiliza el lenguaje coloquial, en especial el del norte de México, que se ha mezclado en dichos y palabras con el inglés. Muchos vocablos ingleses que se han españolizado, y viceversa, son usados de manera cotidiana en esa zona del país. Uno de los participantes del

club, muy molesto, alegaba que los vocablos usados atentaban contra el idioma de Cervantes. No pude evitar recordar cómo, justamente, Cervantes hizo lo mismo en su momento.

En otras palabras, vale la pena enfrentarse a la lectura con la mente abierta: no podemos dejar que nuestra experiencia literaria se vea constreñida por géneros literarios, por normas lingüísticas, por contenidos éticos o morales y mucho menos por la exigente verosimilitud; tampoco debemos excluir lo fantástico o lo mágico, independientemente de que se ajuste o no a la realidad, porque en ese momento dejamos de leer para vivir, en los términos de Flaubert. La literatura va mucho más allá de la exégesis lingüística, y esa es precisamente una forma de leer para vivir, porque se siente el reflejo minucioso de un determinado grupo social. En otras palabras, el escrito debe presentar un justo medio. Como dice el dicho: «Ni tanto que queme el santo, ni tan poco que no lo alumbre».

Algunas personas que leen ávidamente se niegan a aceptar la lectura crítica de una obra. Simplemente leen: les gusta o no les gusta; punto. Tengo una amiga que lee todo lo que le pasa por las manos y no se pregunta nunca ni de qué se trata este poema, esta novela, obra de teatro, ni para qué sirve, ni por qué le gustó o por qué no. Simplemente dice: «Me gustó y lo recomiendo» o «no me gustó y no lo recomiendo». Esa postura es válida. No obstante, otras personas requieren ir un poco más allá para incrementar la experiencia de lectura. Los libros satisfacen inquietudes y necesidades consientes o inconscientes y, en esa medida, es indispensable ir más allá del mero placer; entender aquello que está tratando de expresar el autor o la autora y la razón por la que lo hace.

Ahora bien, para leer críticamente, aparte de los juicios de valor sobre la calidad literaria, es indispensable que se tenga en cuenta el interés particular de cada persona. Y no me

refiero, necesariamente, a la temática o al eje de la trama en una novela o al propósito político de un poema, sino al acto de leer en sí. Esto es, ¿por qué lee una persona? Harold Bloom responde así a esa pregunta en el prólogo de su libro, *How to Read and Why* (*Cómo leer y por qué*) (2001):

It matters, if individuals are to retain any capacity to form their own judgments and opinions, that they continue to read by themselves. How they read, well or badly, and what they read cannot depend wholly upon themselves, but why they read must be in their own interest. You can read merely to pass the time, or you can read with an overt urgency, but eventually you will read against the clock⁴ (21).

Es decir, el propósito de decidir hacer una lectura puede ser simplemente por entretenimiento, por entender a un autor, un contexto histórico, porque siempre he oído decir que tal libro es el mejor de aquel tema, porque le prometí a mi padre antes de morir que algún día leería aquel libro o por cumplir con un club de lectura... lo que sea, pero lo cierto es que entre mayor interés tenga en abordarlo, mejor será la aproximación crítica.

Mi recomendación a la hora de leer críticamente es procurar leer consciente y objetivamente. Como dice el mismo Bloom: «*Read deeply, not to believe, not to accept, not to contradict,*

4 «Para que las personas formen sus propios juicios y opiniones, es importante que sigan leyendo por sí mismas. La forma de leer, ya sea correcta o equívoca, y la elección de lectura no pueden depender exclusivamente de ellas mismas, pero el motivo por el que se lee debe ser en su propio interés. Se puede leer simplemente para pasar el tiempo, o con manifiesta urgencia y en algunos casos, contra el reloj» (Traducción libre).

*but to learn to share in that one nature that writes and reads*⁵» (*How to read*, 29). No se trata de plantear una utopía literaria en la que todos los libros son objeto de lectura y nos debemos abstraer de cualquier juicio estético. No. Simplemente, al tener en cuenta algunas recomendaciones es posible que nos acerquemos a una lectura más crítica, más eficiente, y podremos entender lo que Alberto Manguel, en su libro *Lecturas sobre la lectura* (2012), considera como lectores ideales. Transcribo algunas de sus máximas que a mi juicio reúnen los aspectos explicados en este aparte:

El lector ideal es el escritor justamente antes de que las palabras empiecen a agruparse en el papel.

El lector ideal existe en el momento que precede al momento de la creación.

Los lectores ideales no reconstruyen una historia: la recrean.

Los lectores ideales no siguen una historia, forman parte de ella

[...]

El lector ideal debe aprender a escuchar.

El lector ideal es el traductor, capaz de diseccionar el texto, de levantar la piel, de cortar hasta la médula, de seguir cada arteria y cada vena, y luego dar vida a un ser sensible completamente nuevo. El lector ideal no es un taxidermista.

[...]

El lector ideal tiene un tremendo sentido del humor.

5 «Lea profundamente, no para creer, no para aceptar, no para contradecir, sino para entender el alcance de lo que se escribe y se lee» (Traducción libre).

El lector ideal es politeísta.

[...]

Todo libro bueno o malo tiene su lector ideal.

Para el lector ideal todo libro se lee, hasta cierto punto, como una autobiografía.

El lector ideal no tiene nacionalidad precisa.

[...]

Al lector ideal no le preocupan los anacronismos, la verdad documental, el rigor histórico, la exactitud topográfica. El lector ideal no es un arqueólogo.

"Existen tres clases de lectores: uno, que disfruta sin juzgar; un tercero que juzga sin disfrutar; otro en medio, que juzga y disfruta mientras juzga. Esta última clase verdaderamente hace vivir la obra de nuevo; sus miembros no son muy numerosos". Goethe, en una carta a Johann Friedrich Rochlitz.

[...]

El lector ideal nunca es impaciente.

El lector ideal es el personaje principal de la novela.

[...]

La literatura no depende de lectores ideales, solo de lectores bastante buenos (243-246).

LA RECEPCIÓN

Precisamente, ese afán de Manguel en describir lectores ideales se relaciona con un concepto que hace parte de los estudios literarios: la estética de la recepción. Esto es, ¿cómo se comunica un libro con las personas que lo leen?, ¿de qué forma se recibe la información de un texto literario en térmi-

nos estéticos, prácticos, lúdicos o lectivos? El responsable de diseñar una teoría alrededor de este tema fue el filólogo alemán Hans-Robert Jauss⁶.

El planteamiento básico de esta teoría es que la literatura implica un proceso que tiene tres componentes esenciales: el autor o autora, la obra literaria y el público que la lee. La creación literaria supone un elemento estético, pero también un diálogo. Y lo que propone Jauss es la necesidad de desviar el foco del creador de la obra literaria hacia quien la lee, pues son las personas que leen las que dan sentido a la obra. De esta forma establece tres diferentes horizontes de expectativas de una obra literaria. El primero es el del lector, que está determinado por el contexto. Es decir, la forma como se reciba la obra va a depender de las experiencias y diversos factores de quienes la leen, como la formación académica, los gustos temáticos, la edad o la biografía. No es lo mismo leer *El Quijote* a los trece que a los treinta, o la apreciación de *Maniac* (2023) de Benjamín Labatut, sobre científicos que participaron en la invención de la bomba atómica y juegos contra las máquinas, es muy distinta para una ingeniera que para un sociólogo.

El segundo horizonte tiene que ver con las expectativas que una persona tiene de una obra específica, independientemente de sus aspectos personales. Es decir, el libro establece un diálogo con otras obras del mismo autor o autora, por ejemplo; con la temática que se anuncia, si es adecuada o no con ciertos parámetros estéticos o académicos vigentes. Es el caso de la novela *Caterina* (2023), del historiador Carlo Vecce, que, en principio, propone una biografía novelada de la madre

6 El autor plantea esta teoría en respuesta crítica a las teorías marxista (el arte es un reflejo de la realidad) y formalista (la obra es pura forma y, en esa medida, su análisis se hace a partir de su materialidad lingüística).

de Leonardo da Vinci que, según él, fue una esclava del Cáucaso. Las expectativas de los lectores o lectoras, en muchos casos, son las de saber qué hizo y quién fue la madre del afamado pintor, sin embargo, lo que hace el autor es dibujar cuidadosamente escenarios de lo que fue la vida en el Medioevo en el mar Negro y en el Mediterráneo; el comercio de esclavos a partir de varias historias de los posibles amos de la madre de Leonardo. Algunas personas dirán que el historiador no llena sus expectativas porque no presenta una alternativa histórica, sino que relaciona escenarios en los que pudo vivir una esclava del Cáucaso en el Medioevo.

Y, por último, está el horizonte que se relaciona con la función de la obra en el colectivo. En este sentido, una obra literaria debe tener un impacto en un grupo y en esa medida se mantiene vigente: «La obra vive mientras produce un efecto. La obra es y vive como una obra porque exige una interpretación y actúa a través de muchos significados» (Jauss, 153). Así, el contexto histórico y cultural de una obra o las posturas estéticas que prevalecen en algún momento van a determinar la manera de interpretar un texto literario. Veamos. «La siesta del martes» (1962)⁷, el cuento de Gabriel García Márquez que habla de una niña y su madre que visitan la tumba de su padre y esposo, un ladrón al que mataron por entrar a robar a una casa, será visto como una crítica social a la pobreza y a la humanidad por los lectores de los años sesenta, momento en el que las dictaduras en América Latina estaban en boga y los abusos de poder eran constantes; posiblemente también para los contemporáneos, aunque estos últimos le imprimirán una mirada histórica y un análisis en los estudios de género.

7 Forma parte de la colección *Los funerales de la mamá grande*.

En suma, las obras literarias no son estáticas, los textos cambian, dependiendo de factores que dialogan con la biografía del lector; de las expectativas del público lector en un determinado momento histórico, social o político.

¿Cuál es la lectura válida?, ¿cuáles son los cuestionamientos que se hacen los lectores o las lectoras a la hora de enfrentarse a un libro?, ¿por qué un libro trasciende en el tiempo?, ¿por qué un libro se convierte en éxito en ventas?, ¿qué elementos determinan que un libro sea bueno o malo? Estos interrogantes no tienen, posiblemente, una respuesta única, porque siempre habrá un elemento subjetivo. Unas personas valorarán el libro, aunque no lo disfruten, a otras, simplemente, no les gustará y tampoco le verán utilidad... En fin, siempre hay juicios de valor diferentes que afectan la aproximación a un mismo texto. Sin embargo, a pesar de que leemos el mismo libro, no hemos utilizado el mismo aparato analítico; eso cambia nuestra percepción.

Thomas C. Foster, en su libro *How to Read Literature Like a Professor*, menciona cómo los profesores de literatura adquieren, a través de los años, la capacidad de comprender un lenguaje o idioma de lectura. Se refiere a una especie de gramática de la literatura que incluye convenciones, patrones, códigos y reglas que los profesores aprendemos a utilizar. Al igual que cualquier idioma, el literario tiene una gramática que incluye reglas que gobiernan su uso y significado (*Literature*, xxv).

Ahora bien, no pretendo convertir en profesores a todas las personas que deseen hacer una lectura crítica. La idea es simplemente dotar al lector común de unas claves sencillas y prácticas que le permitan juzgar un libro a partir de una convención analítica y no meramente estética, funcional o lúdica. De repente, si aplicamos esta técnica, lograremos valorar un libro, independientemente de si nos gusta o no.

CLAVES DE LECTURA CRÍTICA

No hay una receta definitiva e infalible para hacer una lectura crítica porque, como ya dijimos, las interpretaciones y la forma de aproximarse a un texto siempre van a variar. Sin embargo, en esta sección comparto unas recomendaciones para leer, ya sea por una labor específica de enseñanza de las letras; para fomentar la discusión en un club de lectura; para entender mejor un texto; para hacer una tarea académica, o, simplemente, para incrementar el placer en la experiencia de leer. Son tres aspectos los que explico a continuación: lectura objetiva, análisis literario y calificación.

LECTURA OBJETIVA

Para leer analíticamente y para lograr formarse una opinión de un libro, sea cual sea su género, es indispensable apartarse de las propias creencias éticas, morales, políticas, históricas y religiosas. Leer objetivamente supone abstraerse de dogmas subjetivos. Así, si una persona es atea, no por eso va a dejar de leer la *Biblia de Jerusalén* (compilación de escritos entre 750 a. C. y 110 d. C.), que es considerado uno de los textos literarios más importantes de la Antigüedad; o por el hecho de que *La Ilíada* (siglo VIII a. C.) no se haya podido enmarcar dentro de un contexto histórico comprobado, entonces la deseamos. O a *Harry Potter* porque la magia y los brujos no existen. La literatura es una forma de ver el mundo y, en esa medida, resulta enriquecedor acercarnos a los diferentes mundos que crea la escritura; por algo se llama «creativa». No importa cuál sea la visión de la realidad que nosotros tengamos, el hecho de que alguna persona tenga un

imaginario diferente no implica que lo que otros escriben no nos pueda interesar.

García Márquez, en la famosa conversación sostenida con Vargas Llosa en 1967 en Lima, ahora recopilada por la editorial Alfaguara como *Dos soledades, Un diálogo sobre la novela en América Latina* (2021), dice lo siguiente: «Siempre, en la buena literatura, encuentro la tendencia a destruir lo establecido, lo ya impuesto, y a contribuir a la creación de nuevas formas de vida, de nuevas sociedades; en fin, a mejorar la vida de los hombres» (36).

Quien escribe crea un mundo y, para hacerlo, utiliza datos que encuentra o que inventa pero que, de alguna manera, reflejan su interpretación de lo que está narrando. Dan Brown escribió *El código Da Vinci* (2003) y, para ello, recopiló información que algunos habían considerado e interpretado como histórica, inventó datos que a su juicio contribuían con la trama, en fin, creó un mundo y narra una historia entretenida. ¿Importa que el lector no crea lo que la trama pretende transmitir, si la narración es amena?

Una mujer se rehusó a leer *Cien años de soledad* (1967). Según ella, Gabriel García Márquez había traicionado a su patria al haberse exiliado y, además, era comunista por ser amigo de Fidel Castro. Se perdió una obra de arte por tener en cuenta un criterio muy personal y no ser capaz de abstraer sus creencias políticas a la hora de leer.

Lo mismo ocurre con las interpretaciones de los hechos históricos o biográficos. El creador es libre de acomodar, reagrupar, inventar, así su narración parta de hechos reales. Juan Gabriel Vásquez, en su libro *Volver la vista atrás* (2020), incluye una nota que dice lo siguiente:



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros